

calle y la multitud se agolpa para besarle humildemente las botas. ¿Qué significa esto? Que Nicolás es un demente y la muchedumbre una bestia. Del knout proviene el kuez, y del kuez el tzar, y del tzar el czar. Série de fenómenos, mas no filiacion de hombres. ¿No es acaso lógico que á Ivan suceda Pedro, á Pedro Nicolás, á Nicolás Alejandro? Si obran así es por el consentimiento unánime, es porque los mártires se plegan al martirio. "El czar, medio podrido y medio helado," como dice madame Stäel, hace lo que le toleran. Que un pueblo, siendo una fuerza, se preste á sufrir esas monstruosidades, equivale á tener complicidad en ellas. La presencia pasiva ante el crimen estimula y dá valor al que lo comete.

Pero siempre precede la corrupcion á la perpetracion de los crímenes. La fermentacion pútrida de toda clase de bajezas engendra á los opresores. Los hombres perversos provienen de las cosas perversas; hay que corregir, pues, éstas.

La circunstancia atenuante del despotismo es el idiotismo. Antes de ahora ya nos hemos lamentado de esto.

Los déspotas idiotas en conjunto son el populacho que viste púrpura; pero sobre ellos, aparte y á la inmensa distancia que media entre lo que irradia luz y lo que hiede, existen los déspotas génios. Los capitanes, los conquistadores, los poderosos de la guerra, los que civilizan por medio de la fuerza y con la espada, como Ciro, Sesostri, Alejandro, Anibal, César, Carlo-Magno y Napoleon, en cuanto sirven para lo que acabamos de indicar, los admiramos.

Pero los admiramos con la condicion de que desaparezcan y de que hagan sitio á otros mejores y más grandes. Los más grandes y los mejores no son nuevos. Su série es tan antigua como la de los guerreros, tal vez más, porque la idea precede al hecho y el pensador al batallador, pero habian ocupado su sitio violentamente hasta ahora. Ha llegado ya el dia en que la usurpacion cese y en que ejerzan su predominio, porque ya la civilizacion, deslumbrada por la verdad, los considera como á sus únicos fundadores.

III.

Es evidente que es preciso rehacer la historia. Hasta hoy casi siempre se ha escrito bajo el punto miserable de los hechos, y en la actualidad debe escribir-

se bajo el punto de vista de los principios, so pena de nulidad.

La historia, hasta hoy, solo se ha ocupado de los gestos de los reyes, de las coronaciones, bodas, bautizos y entierros de los príncipes; del estrépito de las guerras, de los suplicios y de las fiestas, de las proezas de la espada y del hacha, de los grandes imperios, de los exorbitantes impuestos, etc. etc.; una tragedia con pequeña intriga ha sido la historia hasta nuestros dias, yendo solo del altar al trono: ha sido beata, pero no sincera ni severa, sin comprender las verdaderas transiciones que median de una edad á otra, sin marcar las crisis agudas de la civilizacion, haciendo presa de mil fechorías inútiles, docta en puerilidades ignorantes del derecho, de la justicia y de la verdad, tomando por modelo á Lera-gois y casi nunca á Tácito.

Tanto es así, que Tácito ha sido en nuestros dias objeto de una verdadera requisitoria; porque, no nos cansaremos de repetirlo, Tácito, lo mismo que Juvenal, que Suetonio y Lampides, han sido el blanco de un odio especial. El dia en que los profesores de Retórica pongan á Juvenal sobre Virgilio y á Tácito sobre Bossuet, será prueba de que es ya libre el género humano y de que han desaparecido todas las formas de la opresion, desde el negrero hasta el fariseo, desde el calabozo donde el esclavo gime hasta la capilla donde el eunuco canta. El cardenal Du Perron, aquel cardenal que recibia en las espaldas los bastonazos que el Papa descargaba contra Enrique IV, tenia el cinismo de decir: *Desprecio á Tácito*.

Hasta nuestra época la historia ha sido cortesana. Solo se ha ocupado de la identificacion del rey con la nacion y del rey con Dios, y la gracia de Dios engendró el derecho divino. Luis XIV dijo: *El Estado soy yo*. Madame Du Barry, plagiaria de Luis XIV, llamó á Luis XV *La Francia*.

Bossuet escribe con la mayor imperturbabilidad, justificando alguno que otro hecho, la espantosa leyenda de los vetustos tronos antiguos, llenos de crímenes, y aplicando á la superficie de las cosas su vaga declamacion teocrática, se satisface con esta fórmula: *Dios tiene en su mano el corazon de los reyes*; lo que no es exacto, por dos razones: la primera porque Dios no tiene mano y la segunda porque los reyes no tienen corazon. No necesitamos decir que nos referimos á los reyes de Asiria. La historia, escrita á

la antigua, es gran amiga de los príncipes y cierra los ojos cuando una alteza le dice: "Historia, no mires." Niega con desvergüenza la existencia del casco tallado-cráneos, provisto de un clavo en el interior, con el que el archiduque de Austria mató al magistrado Gundoldingem, cuyo ingenioso aparato en la actualidad está colgado en una pared en la Casa Constitucional de Lucerna. Puede verlo todo el que quiera, y sin embargo, la historia niega que haya existido. Moreri califica la noche de San Bartolomé de "un desórden." La historia reconoce como un ataque de apoplejía el hecho de asfixiar bajo un colchon, en Calais, Juan II de Inglaterra, al duque de Gloucester. ¿Por qué está separada del tronco la cabeza del infante Don Carlos, en el ataúd, en el monasterio del Escorial? Su padre, Felipe II, responde:—"Porque el infante murió de muerte natural, pero fué preciso cortarle la cabeza porque no se encontró un ataúd bastante largo." La historia lo cree ciegamente. ¿Cómo habia de creer que el padre mandase decapitar al hijo? Esas son invenciones de los demagogos.

La ingenuidad de la historia para glorificar los hechos, por impíos que sean, se vé más patente y mejor que en ninguna parte en Cantemir, el historiador turco, y en Karamsin, el historiador ruso. Cuando se confrontan los hechos otomanos con los hechos moscovitas, ofrecen la identidad que pudiéramos calificar de identidad tártara. Tan horriblemente asiático es Moscou como Stambul; Ivan vive en una, como Mustafá en la otra. Entre el cristianismo del uno y el mahometismo del otro no hay diferencias perceptibles. El sacerdote griego es hermano del ulema, el boyardo del pachá, el knout del látigo, el mougik del mudo del serrallo. Para el público hay poca diferencia entre Selim, que se entretiene en asestar flechazos á los transeuntes, y Basilio, que arroja sobre ellos osos para que los devoren. Cantemir, hombre meridional, antiguo hospodar de Moldavia y que fué durante mucho tiempo súbdito turco, creyó, aunque se hizo ruso, que no desagradaria al czar Pedro la deificacion del despotismo, prosternando sus metáforas á los piés de los sultanes: esta clase de humillaciones es oriental y algo occidental tambien. Los sultanes son séres divinos; su cimitarra es sagrada, su puñal sublime, sus exterminios magnánimos, sus parricidios excelentes. Segun Cantemir, la sangre que

derraman exhala perfume de incienso, y los innumerables asesinatos que cometen para la seguridad de su reinado se convierten en gloria. Si acuchillan al pueblo es por interés público. Cuando un padischah cualquiera, un Tigre IV ó un Tigre VI, manda extrangular á sus diez y nueve hermanos menores, que con espanto corren por el aposento que los encierra, el historiador declara que "eso es ejecutar sábiamente la ley del imperio." El historiador ruso Karamsin es tan benigno con el czar como Cantemir con el sultan; pero es preciso convenir que, comparado el fervor de Cantemir con el de Karamsin, el de éste aparece tibio. Por ejemplo, cuando Pedro mata á su hijo, el historiador ruso glorifica el hecho, pero trata de excusarlo; no es como Cantemir, que acepta los hechos en absoluto y arrodillado. El historiador ruso admira, pero el historiador turco adora. En Karamsin no se vé fuego, ni energía; tiene el entusiasmo atrofiado, hace la apoteosis nebulosa, con buena voluntad, pero congelada; acaricia con las manos llenas de sabañones. Así no se puede adular bien. En esto sin duda influye el clima. Karamsin es un Cantemir aterido de frio.

Así se ha escrito la historia hasta hoy, desde Bossuet hasta Karamsin, pasando por el abate Pluche. El principio que rige esa historia es el de la obediencia, la obediencia al éxito; no juzga mal á los héroes, pero prefiere á los reyes; en ella, reinar equivale á alcanzar un éxito diario. Un rey tiene porvenir y es solvente; pero un héroe puede concluir mal, como se ha visto algunas veces, y entonces no es más que un usurpador. En semejante historia ha de ser continuo el éxito para considerar á un hombre como génio, aunque representa la fuerza servida por la inteligencia. Si tropieza, se le ridiculiza; si cae, se le insulta. Despues de Marengo, Bonaparte es el héroe de Europa, el hombre providencial, el ungido del Señor; despues de Austerlitz, llega á ser Napoleon el Grande; pero despues de Waterlóc, es el ogro de Córcega. El Papa ungió á un monstruo.

La legitimidad, el derecho divino, la negacion del sufragio universal, ser el trono feudo y los pueblos mayorazgos, son las consecuencias de semejante historia. El verdugo forma parte de ella, y José de Maistre lo pone divinamente al lado del rey. Esta clase de historia se llama en Inglaterra la historia "leal." La aristocracia inglesa, que algunas ve-

ces tiene excelentes ideas, ha inventado dar á una opinion política el nombre de una virtud. *Instrumentum regni*. Ser realista en Inglaterra es ser leal. Por lo tanto, el que es demócrata es desleal, ó lo que es lo mismo, es una variedad de los hombres deshonrados. Cuando pase por vuestro lado un republicano, guardad el bolsillo. Esto es ingenioso. Hoy todo el mundo tiene más gracia que Voltaire, y la aristocracia inglesa es más sutil que Maquiavelo.

El rey paga y el pueblo no. Hé aquí el secreto de esta clase de historia, que también tiene su tarifa de indulgencias. Escribiéndola de ese modo se saca honra y provecho; la honra para el señor y el provecho para el historiador. A Procopio se le nombra prefecto, y si esto no basta, se le expide el título de ilustre por medio de un decreto; á Bossuet se le nombra obispo, á Fleury prelado, prior de Argenteuil; á Karamsin senador y á Cantemir príncipe. Pero lo admirable es recibir paga por hablar en pró y por hablar en contra, como por ejemplo le sucedió á Fontanes, á quien nombraron senador por ser idólatra y par de Francia por escupir al ídolo.

Esta clase de historia solo se ocupa de lo que sucede en el Louvre, en el Vaticano, en el Serrallo, en el Buen Retiro, en Windsor, en Scheubriin, en Postdam ó en el Kremlin. Fuera de esas diez ó doce casas, no pasa nada que pueda interesar al género humano. Pero todo lo que ocurre en la guerra al guerrero y al rey en el trono y en la corte tiene grandeza. Quien no esté dotado de esta grave puerilidad no sabe ser historiador. Efectivamente, la habilidad de los gobernantes y la apatía de los gobernados han arreglado y confundido las cosas de tal manera, que todas las formas de la régia estupidez ocupan un sitio importante en los destinos humanos, y no debe maravillarse que el movimiento de los ejércitos y de las escuadras, el adelanto ó el retroceso de la civilización, dependan de la taza de té de la reina Ana ó del espantamoscas del bey de Argelia: la historia vá á caza de estas simplezas y las hace pasar á la posteridad.

Esa clase de historia, que sabe tantas cosas inútiles, ignora muchas que interesan á la humanidad: no sabe quién fué ni cómo se llama el primer comerciante inglés que entró en China por el Norte en 1612; ignora el nombre del primer vidriero que estableció en Francia la primera fábrica de cristal; no sabe quién

fué el piloto que descubrió en 1405 las islas Canarias; ni quién fué el fabricante bizantino de instrumentos de cuerda que inventó el órgano en el siglo diez y ocho; ni el albañil de Campania que inventó el reloj, colocando en el templo Quirino de Roma el primer cuadrante solar; no sabe quién fué el pontonero romano que inventó el empedrado de las poblaciones para la construcción de la via Apia el año 312 antes de la Era Cristiana; ni el carpintero egipcio que descubrió *la cola de milano* debajo del obelisco de Luqsor, y por lo tanto una de las claves de la arquitectura; ni quién fué el pastor caldeo que fundó la astronomía, observando los signos del Zodíaco; ni quién fué el calafate corintio que, nueve años antes de la primera olimpiada, calculó la fuerza de la triple palanca, inventando el trirremero y el remolcador; ni tampoco sabe quién fué el labrador macedonio que descubrió la primera mina de oro en el monte Pangeo.

No la preguntéis nada de eso, porque no lo sabe. No conoce á esas gentes. ¿Se ha de ocupar la historia de un labrador, de un calafate, de un pastor, de un carpintero, de un pontonero, de un albañil, de un vidriero ó de un comerciante? La historia no se ocupa de esa gentuza.

Existe en Nuremberg, cerca de Egidieu-Platz, una casa frente á la iglesia de Saint-Egilles; en el segundo piso de esta casa y sobre un tripode de hierro descansa un objeto de forma esferoidal, cubierto con un pergamino ceniciento, sobre el cual se describen multitud de líneas que en su tiempo debieron ser de color rojo, amarillo y verde. Este objeto es un globo representando la tierra tal como se conocía en el siglo XV. Hacia el 24° de latitud en el signo Cáncer está indicada vagamente una al parecer llamada isla *Antilla*, que un día llamó poderosamente la atención de dos hombres; uno de ellos, el que habia construido el globo y dibujado la Antilla, enseñó la isla al otro, y señalándola con el dedo, dijo: *Ahi está*. El que miraba se llamaba Cristóbal Colon y el que dijo *Ahi está* Martin Behaim. Antilla es hoy América. La historia habla de Hernan-Cortés, que devastó el Nuevo Mundo, y no consagra una palabra á Martin Behaim, que lo adivinó.

Si quereis saber el nombre del que "descuartizó," á los hombres, del que "los pasó á cuchillo," del que "les hizo morder el polvo," y del que hizo otras hazañas conocidas con horribles locucio-

nes como esas, acudid á la historia y lo encontrareis al momento. Pero en cambio buscad el nombre del que inventó la brújula y no lo encontrareis en ninguna parte.

En 1747, en pleno siglo diez y ocho, á la vista de los filósofos, las batallas de Racoux y de Lawfeld, el sitio de Sas de Gante y la toma de Bergop-Zoom, eclipsan y oscurecen el descubrimiento sublime que está en vias de modificar el mundo, el descubrimiento de la electricidad.

El mismo Voltaire aplaudia por entonces como un loco una de las proezas de Trajano. (Véase su *Luis XV*.)

De este género de historia proviene en parte la estupidez pública, sobreponiéndose casi en todas partes á la educación. Si se os ofrece alguna duda, consultad, entre otras, las publicaciones de la librería Perisse hermanos, destinadas por sus autores, segun reza un paréntesis, á las escuelas de instruccion primaria.

El que escribe esa clase de historia solo es un maestro de ceremonias. En la corte modelo de Luis XIV habia cuatro historiadores, como habia cuatro violines de cámara. Lulli dirigia á los unos y Boileau á los otros.

En las historias escritas por el patron antiguo, que era el único admitido y clásico hasta 1789, los mejores narradores, creyéndose libres, permanecian marcialmente sujetos á invisible disciplina, sufrían el influjo de las costumbres, recibían la consigna en las antecámaras y aceptaban, lo mismo que las muchedumbres, la debilidad de los groseros personajes de primera fila, como reyes, pontífices y soldados, y se creían historiadores, cuando no eran más que lacayos sin saberlo.

Esta es la historia que se enseña, se impone y se recomienda, la que se infiltra en las inteligencias jóvenes, marcándose en ellas, y que luego solo se puede borrar haciendo difíciles esfuerzos.

En esta clase de historia, lo único que falta es la verdadera historia. Hay en ella lujo de príncipes, de monarcas y de capitanes; pero apenas se ocupa del pueblo, de las leyes y de las costumbres; apenas consagra algunas frases á las letras, á las artes, á las ciencias, á la filosofía, al movimiento del pensamiento universal; en una palabra, al hombre. En ella la civilización se escalona por reinados y no por etapas de progreso. Un rey cualquiera sirve de etapa. No se encuentra ni siquiera una indicacion que

marque la serie de los grandes hombres. Explica que Francisco II sucedió á Enrique II, que Carlos IX sucedió á Francisco II y que Enrique III sucedió á Carlos IX; pero no enseña que Watt sucedió á Papin y Fulton á Watt; apenas podemos distinguir la misteriosa dinastía de los génius al través de las herencias reales. La tea que ennegrece la opaca fachada de los acontecimientos reales oculta la reverberacion sideral que arrojan sobre los siglos las guias de la civilización. Ningun historiador de este género marca la divina filiacion de los prodigios humanos, esa divina lógica con que obra la Providencia; ni uno siquiera enseña que el progreso engendra siempre al progreso. Seria altamente vergonzoso ignorar que despues de Felipe III sigue Felipe IV y despues de Felipe IV Carlos II; pero seria escandaloso saber que Descartes sucede á Bacon y Kant á Descartes; que Las-Casas sigue á Cristóbal Colon y que Washington sucede á Las-Casas; que John Brown continúa y rectifica á Washington; que Juan Huss sigue á Pelagio, y que Lutero sigue á Juan Huss y que Voltaire sigue á Lutero.

IV.

Ya es tiempo de que esto cambie y de que los hombres de accion se coloquen detrás y los hombres de la idea delante. La cabeza debe estar en la cumbre. Donde reside el pensamiento debe residir el poder. Es hora ya de que los génius se coloquen delante de los héroes, de que se dé al César lo que es del César y al libro lo que es del libro. Hay poemas, hay dramas y hay novelas que producen más beneficios que todas las cortes de Europa reunidas. Ha llegado la hora de que la historia concuerde con la realidad, de que dé á cada influencia su valor exacto, y de que sustituyan á las épocas de los reyes las de los poetas y las de los filósofos. ¿Quién retrata mejor el siglo diez y ocho, Luis XV ó Voltaire? Comparad Versalles con Ferney y decidid despues de qué punto de los dos proviene la civilización.

Un siglo es una fórmula; una época es la expresion de un pensamiento, despues de la que la civilización pasa ó otro. La civilización tiene frases, y sus frases son siglos. No dice en uno lo que dice en otro. Pero sus misteriosas frases se encadenan y su serie constituye el progreso. Todas estas frases, que expresan una

idea única y divina, van escribiendo lentamente la palabra Fraternidad.

Como la luz se condensa en llama, cada época se condensa en un hombre. En cuanto el hombre muere, la época termina y Dios vuelve la hoja. La muerte del Dante es el punto final del siglo trece: tras él puede ya venir Juan Huss. La muerte de Shakespeare es el punto final del siglo diez y seis: despues de este poeta, que contiene y resume toda la filosofía, pueden venir los filósofos, Pascal, Descartes, Molière, Lesage, Montesquieu, Rousseau, Diderot y Beaumarchais. La muerte de Voltaire es el punto final del siglo diez y ocho: despues de él puede venir la Revolucion francesa, que es la liquidacion de la primera forma social del cristianismo.

Esos diversos períodos, que llamamos épocas, tienen su punto dominante: cuál será éste? ¿Una cabeza con corona ó un cerebro pensador? ¿Será la aristocracia ó será la idea? Fijaos bien en esto. Ved qué pesa más. Poned en los platillos de una balanza á Francisco I y á Gargantúa. Poned en otra balanza toda la caballería y á Don Quijote. ¿Qué platillo de los dos pesará más?

Es indispensable, pues, que cada cual ocupe su sitio. Demos media vuelta de frente y estudiemos sinceramente los siglos. En primera fila deben colocarse los génios; en la segunda, en la tercera y en la vigésima los soldados y los principes. El pensador debe colocarse en el pedestal del guerrero: quitad de él á Alejandro y poned á Aristóteles. ¿No es extraño que la humanidad, por su modo especial de leer la *Iliada*, por Aquiles haya olvidado á Homero? Insisto en que es necesario que se restablezca la justicia, y para conseguirlo está dado ya el impulso. Nobles ingenios se han consagrado á este trabajo y la historia futura se aproxima ya. La instruccion obligatoria reclama la historia verdadera, y ésta no tardará en aparecer.

Se reacuarán las medallas, y lo que era reverso será anverso. Urbano VII será el reverso de Galileo. Reaparecerá el verdadero perfil del género humano en las diferentes pruebas de la civilizacion por que ha pasado durante la série de los siglos. La efigie histórica no será en adelante el hombre-rey, sino el hombre-pueblo.

No quiere decir esto que al indiciar la historia real y verdadera el punto en que se hallan las fuentes de la civilizacion, haya de desconocer el grado apre-

ciable de utilidad que han tenido los cetros ó las espadas en momentos determinados y en presencia de un estado especial de la humanidad. Las luchas de cuerpo á cuerpo exigen cierta semejanza entre los combatientes; al salvajismo es necesario oponer algunas veces la barbarie. El progreso se hace en ciertos casos por medios violentos. Por eso César es bueno en Cimeria y Alejandro en Asia. Pero ambos, Alejandro y César, deben darse por satisfechos ocupando un lugar secundario.

La historia verídica, la historia verdadera, la historia definitiva, que será en lo sucesivo la encargada de la educacion del vástago régio, que es el pueblo, rechazará todo género de ficciones, dejará de ser complaciente, clasificará lógicamente los fenómenos, analizará las causas profundas, estudiará filosófica y científicamente las conmociones sucesivas de la humanidad, y se cuidará, no tanto de los efectos que produce un sable, como de los que produce una idea. Los hechos referentes á las ideas se colocarán en primer término. El advenimiento de Pitágoras será un acontecimiento de mayor importancia que la aparicion de Sesostris. Ya lo hemos dicho: los héroes, los hombres del crepúsculo son relativamente luminosos en las tinieblas; porque, ¿qué es un conquistador al lado de un sábio? ¿Qué es la invasion de los reinos comparada con la invasion de las inteligencias? Los conquistadores de espíritus eclipsan á los conquistadores de territorios. El verdadero conquistador es aquel á quien debemos el hábito de pensar. El esclavo Esopo y el esclavo Plauto se pondrán en la historia futura delante de los reyes, y habrá en ella vagabundo que pese más que un capitán victorioso y cómico que pese más que un emperador. Sin duda que para realizar en hechos sensibles todo cuanto venimos manifestando, es preciso que un hombre poderoso haya demarcado el punto que divide el desplomamiento del mundo latino y la inauguracion del mundo gótico; es preciso tambien que otro hombre poderoso haya venido despues de aquel, como viene la habilidad detrás de la audacia, á intentar la realizacion de la monarquía católica con las naciones que en lo futuro habian de formar un grupo universal, como han sido precisas las saludables usurpaciones cometidas por Europa en Asia, Africa y América; pero es todavía más necesario el haber hecho la *Divina*

Comedia y el *Hamlet* sin mezcla alguna de malas acciones y sin que haya costado su creacion la devastacion de unos cuantos pueblos. Dado como resultante el aumento de inteligencia humana, el Dante tiene más valor que Carlo-Magno y Shakespeare más valor que el emperador Carlos V.

En esta historia, trazada por el patron de lo verdadero absoluto, las inteligencias vulgares y los séres inconscientes darán hospitalidad, sin apercibirse de ello, al pensador disfrazado de histrion, á las ideas y á los hombres que requiere la filosofía de Alceste: en ella Luis XIV será el camarero de Molière.

Esta inversion de oficios forzará á los personajes á representar su verdadero papel: la óptica histórica renovada armonizará el conjunto de la civilizacion, que hoy permanece en estado caótico; la perspectiva, la justicia de la geometría se apoderará del pasado, haciendo avanzar unos planos y retroceder otros; cada cual volverá á tener su estatura real; los adornos de tiaras y coronas aumentará en los enanos el ridículo; los estúpidos arrodillamientos desaparecerán para siempre. De los enderezamientos saldrá el derecho.

Los desfalcos y las restituciones se demostrarán por sí mismas en cuanto el gran juez, nosotros, todos nosotros, tengamos el encargo de difundir la nocion de lo que es absoluto y de lo que es relativo. El sentido moral, innato en el hombre, sabrá á qué atenerse. La cualidad de rey dejará de ser un falso peso moral. Fijando bien los hechos, se fijará bien la conciencia. Así llegará hasta el género humano una luz dulce, serena y de igual intensidad para todos. Desaparecerán las interposiciones de nubes ante la verdad y el cerebro, y su desaparicion permitirá que se eleve hasta el zenit de la civilizacion lo bueno, lo justo y lo verdadero.

No hay nada que pueda sustraerse á la obediencia de tan sencilla ley. El aspecto material de los hechos y de las personas se disuelve y desaparece por la fuerza misma de las cosas. Llega un tiempo que hasta los cuerpos más sólidos se descomponen. Cualquiera que sea la masa humana ó la cohesion de la materia se vuelve ceniza, que ceniza y no otra cosa es la materia. El granito supone necesariamente la existencia del polvo. Las pulverizaciones son inevitables. Las instituciones graníticas, la oligarquía, la aristocracia, la teocracia,

se dispersarán á los cuatro vientos. Solo el ideal es incorruptible.

Todo desaparece menos el espíritu.

El torrente de indefinida claridad que se llama civilizacion alumbrará cada cosa en su sitio. Penetrará en todas partes como señor del mundo, será obedecido, y sus rayos, que inundarán de lleno el siglo diez y nueve, realizarán grandes simplificaciones y harán desaparecer excrecencias, glorias y nombres. Sirva ejemplo de esto Moisés. Moisés reúne tres glorias, la de capitán, la de legislador y la de poeta. Como capitán, está sumido en la oscuridad; como legislador, arrinconado entre las ruinas de las legiones muertas, y como poeta, brilla al lado de Esquilo.

La luz del dia desgasta considerablemente los objetos destinados á vivir de noche. Por eso aparece en nuestros horizontes un nuevo cielo histórico. Por eso debemos tener una nueva filosofía de las causas y de los efectos, que nos presente el verdadero aspecto de los hechos. Esto no obstante, con honrada inquietud se sobresaltan algunos, temiendo las consecuencias, ante la afirmacion de que *los génios constituyen una dinastía*, y replican: "No aceptamos esa dinastía, como ninguna otra.". Les asusta una frase de significacion tranquilizadora. Son idénticas, rigurosamente hablando, la ley que hace desaparecer á los propietarios del género humano y la ley que hace nacer á sus directores y guías. Ser ilustrados es todo lo contrario de ser siervos. Los reyes poseen y los génios conducen; esta es su única diferencia. Entre *Homo sum* y *L'Etat c'est moi*, hay toda la distancia que separa la fraternidad de la tiranía. La marcha hácia adelante reclama un dedo indicador: insurreccionarse contra el piloto no hace avanzar la embarcacion; nada se hubiera adelantado con arrojar al mar á Cristóbal Colon. Por otra parte, no puede causar inquietud ninguna la dinastía de los génios, que tiene por reino el destierro del Dante, por palacio el calabozo de Cervantes, por lista civil la miseria de Isaías, por trono el estercolero de Job y por cetro el cayado de Homero.

V.

La humanidad no debe poseerse, debe únicamente guiarse; bajo ese aspecto se deben considerar los hechos. La historia debe encargarse en lo sucesivo de reproducirlos bajo esa nueva fase. Por extra-

ño que parezca cambiar el pasado, la historia lo vá á cambiar; pero no apelando á la mentira, sino ciñéndose estrictamente á la verdad. La historia, que hasta hoy ha sido un cuadro, en el porvenir será un espejo.

El nuevo reflejo del pasado modificará el porvenir.

El antiguo rey de Westfalia, que era un hombre de talento, miraba un dia con atencion un tintero colocado sobre la mesa. El escritor en cuya casa estaba Jerónimo Bonaparte habia traído de una escursión á los Alpes, que hizo con Carlos Nodier, un pedazo de serpentilla arcillosa, modelada en forma de tintero, comprada á los cazadores de gamuzas del Mar de Hielo. Este era el objeto que llamó la atencion de Jerónimo Bonaparte.—Qué es esto? preguntó.—Mi tintero, respondió el escritor; y añadió despues:—Es de arcilla. Admirad la naturaleza, que de un poco de barro y óxido forma esta hermosa piedra verde.—Más admiro á los hombres, replicó Jerónimo Bonaparte, que hacen de esa piedra un tintero.

No es mala frase para dicha por un hermano de Napoleon; la consignamos con gusto, porque el tintero será el que destruya el poder de la espada.

Uno de los hechos más grandiosos de nuestra época es que los hombres de guerra, de fuerza y de rapiña van disminuyendo á medida que crecen maravillosamente los hombres de pensamiento y de paz, presentándose en escena los verdaderos colosos.

Ofrece espectáculo patético y sublime ver redimida la humanidad desde las alturas, ver á los pensadores derrotando á los poderosos, á los profetas anonadando á los héroes, ver la fuerza barrida por la idea, y que el cielo queda limpio despues de esta expulsión majestuosa.

Los señores se van y los redentores vienen.

Los que ojean á los pueblos y mandan ejércitos como Nemrod, Senacherib, Ciro, Ramsés, Jerjes, Cambises, Atila, Gengiskhan, Tamerlan, Alejandro, César, Bonaparte y otros muchos hombres feroces, se extinguen.

Ved cómo descenden lentamente por el horizonte, misteriosamente atraídos por la oscuridad, por la afinidad fatal que tienen con las tinieblas, arrastrándose hácia la unidad terrible de la ciega inmensidad, donde les espera la sombra de la sombra, esto es, el olvido.

Caen en el abismo, pero hasta allí son formidables. No los insultemos. Es execrable insultar á los héroes cuando están amortajados. El pensador debe meditar con gravedad ante sus sudarios. ¡Clemencia, pues, para los victoriosos vencidos! Entre sus resplandores y nosotros se interpone la sombra del sepulcro. Ver que los astros se convierten en espectros causa cierto terror religioso.

Mientras se precipita en el abismo la esplendorosa pléyade de los hombres de la fuerza, en la otra extremidad del espacio, en el cielo profundo y sereno del porvenir, se levanta un grupo sagrado de estrellas, que se llaman Orfeo, Hermes, Job, Homero, Esquilo, Isaías, Ezequiel, Hipócrates, Fidias, Sócrates, Sófoeles, Platon, Aristóteles, Arquímedes, Euclides, Pitágoras, Lucrecio, Plauto, Juvenal, Tácito, San Pablo, Juan de Patmos, Tertuliano, Pelagio, el Dante, Gutenberg, Juana de Arco, Cristóbal Colon, Lutero, Miguel Angel, Copérnico, Galileo, Rabelais, Calderon, Cervantes, Shakespeare, Rembrandt, Kepler, Milton, Molière, Newton, Descartes, Kant, Piraneso, Beccaria, Diderot, Voltaire, Beethoven, Fulton, Montgolfier y Washington, y forman prodigiosa constelación, cuya claridad cada instante es más luminosa y brilla como una gloria de diamantes celestes en la inmensa aurora que produce Jesucristo.

ANTES DEL DESTIERRO

1841 Á 1851